

Por eso el testimonio en la vida cotidiana muchas veces parece tener que ofrecerse contra la cultura y las ideologías dominantes. No es casualidad que la palabra bíblica para “testigo” sea *martyr*, ya que muchas veces manifestarse en oposición a los poderes dominantes llevaban al sufrimiento, persecución, cárcel y hasta la muerte. No necesariamente será así, pero todo testimonio de alguna manera implica mostrar que hay en nuestra vida otra visión y dimensión espiritual, que inspira nuestra forma de percibir el mundo y obrar en él. Si eso no aparece, en algo estamos fallando. Por eso es necesario que tanto intelectual como espiritualmente los testigos (es decir, todos los creyentes) seamos sostenidos e informados por nuestra comunidad.

Una palabra final sobre esto, para ser prácticos. Pienso que las congregaciones locales deberán actuar como verdaderas “escuelas de testigos”. Pero a su vez las instituciones eclesiales deben facilitar esto, con materiales de todo tipo que apoyen y sostengan esta tarea. En un mundo marcado por el poder comunicacional, debemos poder comunicarnos abiertamente hacia ese mundo como iglesia, crear los caminos para un mensaje alternativo, el mensaje de la fe, incidir en nuestra sociedad. Y nuestro concepto del “sacerdocio universal de los creyentes” nos hace a cada uno de nosotros, en su lugar en el mundo, un ministro de Jesucristo para esa tarea. Toda vocación es, a su vez, un llamado y un ministerio. Toda profesión, una profesión de fe. Toda tarea debe llevar la impronta del Reino de Dios. Todo lugar, un espacio donde el Cristo se manifiesta y es anunciado.

Néstor Míguez

El Testimonio

Néstor O. Míguez

El testimonio de la Iglesia local en su contexto

“Me serán testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra...” (Hechos 1:8). La misión, tanto en el libro de los Hechos de los Apóstoles como en el Evangelio de Juan, gira en torno de la palabra “testimonio”¹. Es lo que define a la comunidad creyente; es una comunidad convocada para dar testimonio: contar acerca de quien le da salvación y vida, en quien confía y espera, porque ha experimentado que Jesús es confiable, es salvador, trae vida y esperanza. Sabe, como iglesia y en cada miembro que la compone, que su poder y tarea no está en sí misma, en su propia grandeza o éxito. Al contrario, su tarea es saber discernir la presencia del Cristo en medio de los tiempos y circunstancias y señalarlo, anunciar sus hechos. Nos toca mostrar su obra, es decir, ser la comunidad testigo de un Dios que sigue actuando, de un Espíritu que se mueve en este mundo, de un Mesías cuyas promesas no son vanas.

Pero vale la pena aclarar que lo que brindamos es el testimonio de una comunidad. A veces pareciera que los testimonios son sólo individuales, y cuando hablamos de testimonio empezamos con un “yo...”, o “a mí...” o incluso un “Jesús me hizo (dio, curó, etc.)...”, poniendo la primera persona singular en el lugar central. Y si bien los testimonios personales tienen valor, no debemos olvidar que somos parte de un cuerpo llamado a testimoniar: cada testimonio personal tiene sentido como parte de una iglesia testigo. Somos miembros de un cuerpo (1 Co-

¹ Ver el trabajo de D. Bruno “La misión de la iglesia: dinámica y desafío”, donde señala “testimonio” como término bíblico de la misión. Vale aclarar, como veremos, que el testimonio no es solo individual sino también colectivo, como aparece en Hebreos (una gran nube de testigos – 12:1) o en Apocalipsis (los que tienen... el testimonio de Jesús Mesías –12:17, también 20:4). En Juan 21:24 es la comunidad la que ratifica el testimonio del evangelista –nótese el plural (sabemos) de la oración final del versículo.

rintios 12:12-26) y los miembros sólo tienen vida y son útiles en tanto permanecen unidos al cuerpo, y actúan en conjunto. La congregación local es un lugar de articulación de esos miembros, a su vez formando parte de todo el cuerpo, que es la iglesia en su total dimensión ecuménica, que sirve a todo el pueblo de Dios.

Por eso nuestra vocación de fe incluye el testimonio comunitario. No estamos llamados a ser justicieros solitarios o francotiradores del Evangelio, sino a integrar un pueblo, que como todo pueblo tiene sus diferencias y conflictos, pero también tiene aquello que lo une y lo impulsa. Un pueblo sano es aquél donde sus componentes, respetando sus diferencias, se reconocen mutuamente, y saben que el bien de cada uno depende del bien de todos, un pueblo solidario. Pablo nos recuerda a Abraham como el padre de los creyentes y nos invita a tener la fe de Abraham (Romanos 4). Debemos recordar que en obediencia a esa fe Abraham es enviado a construir un pueblo que sea bendición para todos los pueblos (Génesis 12:3). La Iglesia es llamada, justamente, a ser testigo en medio de su pueblo, a construir pueblo, y a llevar a ese pueblo un mensaje de bendición en todas sus dimensiones. La iglesia no está llamada a ser el centro de una sociedad, sino a poner en el corazón del pueblo el mensaje de fe que nos hace más humanos, más solidarios, que nos nutre en el amor y la esperanza.

El testimonio de la iglesia recoge esa misma vocación abrahámica y la afirma en el ministerio de Jesús Mesías. Así como Jesús enseñaba, curaba, restauraba (Mateo 4:23), así ha de ser nuestro testimonio: “como él es, así somos nosotros en este mundo” (1 Juan 4:17). Pero debe hacerlo con humildad, no con prepotencia, menos aún con condenas y amenazas. Somos enviados en medio de los pueblos (Jerusalén, Judea, Samaria...) para proclamar la presencia redentora del mesías encarnado, crucificado y resucitado.

La mención de “encarnado, crucificado y resucitado” no es casual. Nos habla de la integridad del testimonio cristiano: el cristiano, como su Señor, debe encarnarse en la realidad que vive: debe conocer su realidad, sus problemas y posibilidades, las angustias, gozos y esperanzas de la comunidad humana de la que forma parte hoy, como Jesús lo hizo en medio de la Galilea del Siglo 1. En ese camino lleva su cruz, que no son sólo los sufrimientos individuales como muchas veces se ha interpretado (¡mirá la cruz que lleva!) sino el compromiso a fondo con el Reino de Dios y su justicia: sufrir con el que sufre, llorar con el que llora, reír con el que ríe, alegrarse con el que se alegra (Romanos 12:15). Es “... compartir todos los tiempos, los de espera, dolor y de alegría...”². La cruz en la congregación local no es solo la decoración en el frente del Templo; es la señal de su vocación: mantenerse fiel a su testimonio, asumir su parte en la tarea cotidiana, a veces sencilla y muchas veces dura y arriesgada, de proclamar la verdad y la

¿Cómo nos informamos de la realidad más amplia, que va más allá de nuestra experiencia cotidiana? ¿Dónde formamos nuestras opiniones? ¿Quiénes modelan nuestras opciones y deseos? Porque no podemos ignorar que al participar “en el mundo” como testigos de Cristo no podemos evitar la influencia de ese mismo mundo sobre nosotros. Más aún, lo vemos en este tiempo cuando los medios de comunicación nos invaden aún en nuestra propia casa, nos bombardean con mensajes de distinto signo ideológico y tratan de insertarnos en una vorágine de consumo ilimitado, cautivan nuestra imaginación y deseos con mil ofertas de todo tipo.

No podemos aislarnos del mundo y la cultura en la que vivimos si queremos que nuestro mensaje sea pertinente. Pero tampoco podemos dejarnos seducir por esos medios y poderes que finalmente generan una fuerza contraria al Evangelio de plenitud de vida en Jesucristo, porque ponen la plenitud en otras cosas. Usan mecanismos de manipulación del deseo, transmiten prejuicios, imponen el mal llamado “sentido común” haciendo creer que son sensatas y naturales cosas que son totalmente absurdas y antinaturales. Las grandes industrias culturales y los aparatos propagandísticos han hecho de su propio poder una imagen idolátrica. Y a veces los demás, y aún nosotros mismos, confundimos esos ídolos de barro con el Dios de nuestras vidas.

No creamos que un par de horas semanales en un culto nos ponen a salvo de esa catarata de mensajes que hoy recibimos. Sin espacios de reflexión, formación, intercambio de experiencias y opiniones, sin un sentido crítico que nos ayude a orientarnos según las Escrituras, sin momentos donde podamos desarrollar comunitariamente nuestros sentires y nutrirnos mutuamente en la oración, la dinámica de estos poderes terminará moldeando nuestro testimonio a su favor.

De hecho ya lo podemos ver: cuántas teologías (que en realidad no lo son) hoy no hacen sino reproducir en jerga religiosa y hasta bíblica los mismos valores y prácticas impuestos por los poderes dominantes: hoy se disfrazan de evangelio campañas evangelísticas que parecen shows televisivos, cierta devoción que mira al dinero como bien supremo, una idea de reconciliación superficial sin justicia, o la afirmación de un individualismo egoísta que niega la verdadera libertad que consiste en “servir unos a otros en amor” (Gálatas 5: 13). Hay programas de formación ministerial que tienen más materias de marketing y liderazgo que de Escritura. Es el mundo al revés: en cambio de dar testimonio de nuestra fe en medio de la sociedad, los poderes mundanos se apoderan de la teología, de las prácticas religiosas e invaden con sus ideologías y prejuicios nuestras iglesias, haciéndose pasar por la nueva moda evangélica que todos debemos seguir “para tener éxito”. La medida de la fe, vale recordarlo, no es el éxito sino la fidelidad al mensaje de Jesús, vivir en su gracia.

vida nos han puesto, es un espacio de testimonio. Somos trabajadores, vecinos, estudiantes o docentes, jubilados o parientes como lo son muchos otros. La fe que podemos tener es un don que recibimos del Espíritu de Dios, que debemos recibir con humildad y agradecer sinceramente. En todo caso nos da a la vez un gozo y una responsabilidad que podemos reflejar y compartir en nuestra vida diaria. Pero esa fe no nos hace superhombres ni supermujeres, no nos pone por encima de nadie, no es motivo de orgullo y menos aún nos permite mirar a otros con desdén. Pero a la vez es la certeza de que Dios nos da una fe que nos sostiene, una esperanza que es aliento de vida, un amor que podemos compartir. De eso se trata.

El testimonio en la vida cotidiana reclama una profundización de nuestra fe. Poder decir y hacer algo significativo en el mundo que vivimos, sostenerlo con humildad pero con convicción, mostrarlo en las actitudes y las formas en que nos relacionamos con otros no siempre surge espontáneamente. Es cierto que por carácter, por personalidad, por el lugar donde se desempeñan y el entorno en el que viven, para algunas personas resulta más fácil que para otras. Pero todos necesitamos prepararnos, tanto en conocimiento como en nuestro ánimo, para sostener ese testimonio. Los mismos discípulos de Jesús fueron instruidos por el Resucitado durante 40 días para proclamar el Reino de Dios (Hechos 1:3).

Aquí es donde ese testimonio “en el mundo” se relaciona con la vida de la iglesia reunida en comunidad. Es en el encuentro con los hermanos, en el estudio de las Escrituras, en el compartir las experiencias de vida dónde podemos nutrirnos para el testimonio fuera de las paredes de la Iglesia. Una de las columnas de la Iglesia es la *Didajé*, la enseñanza. Es un ministerio reconocido y necesario en la iglesia desde sus inicios, en seguimiento del mismo Jesús, tantas veces llamado “Maestro”. Ministerio que se extiende, a diversos niveles, en toda la vida de la iglesia (Efesios 4:11: “Él mismo constituyó... a otros pastores y maestros”). Pero si esa enseñanza se constituye en un simple regodeo intelectual, en un “saber más” que luego no puede aplicarse al testimonio más allá de las fronteras de la iglesia, en lugar de ser una oportunidad de crecimiento se transforma en la tentación del encierro. La *Didajé* eclesial es una capacitación para la misión, un espacio de encuentro que nos prepara para nuestro testimonio cotidiano en ese mundo donde la fe en Cristo no es lo que reúne. Cristo está presente, su Espíritu obra, porque el amor de Dios está en todas partes, en el trabajo, en el vecindario, en cada circunstancia de vida, procurando dar plenitud, traer salvación. Pero no es reconocido, no es nombrado, incluso suele ser negado. El testimonio es mostrarlo, invitar a reconocerlo, hacer de su presencia llamado y consuelo, invitación a “hacer todas las cosas nuevas”.

Pero al mismo tiempo no puedo menos que formular ciertas preguntas:

justicia en un mundo donde los poderosos siembran más muerte que vida.

Pero también nuestro testimonio es el triunfo sobre esas fuerzas crucificadoras. Es el anuncio de un tiempo nuevo, de la esperanza que se hace presente en la desesperación, del gozo que se sostiene frente a toda angustia, lo que un filósofo llamó “el dispositivo mesiánico”³: esa posibilidad de afirmar que por sobre la muerte eterna reina la vida eterna, de una eternidad que ya ha comenzado con la salida del sepulcro del Cristo resucitado. Venció a la tumba a la que lo habían querido destinar los señores de este mundo imperial, los sacerdotes del ritual y la desesperanza. Si la congregación local se encierra a cantar himnos que hablen de esa esperanza, a orar dentro de sus cuatro paredes, a estudiar la Biblia y a predicar hermosos sermones, a sostenerse y consolarse mutuamente, pero no es capaz de llevar afuera esa realidad de fe que la inspira, con esa misma fuerza, no completa su testimonio. La iglesia no se sostiene con solo dos columnas (las de su ministerio interno), sino con las cuatro, las que incluyen su presencia más allá de su círculo pequeño⁴. Una iglesia que no se vincula con su entorno local le dará la razón a aquél filósofo que dijo que Dios ha muerto y que las iglesias son su sepulcro⁵. Pero nosotros, como nuestro Dios vivo, salimos de nuestros sepulcros porque hemos sido hechos testigos de su amor que resucita, de la promesa de vida abundante.

La iglesia local es una parte de un pueblo (el pueblo de Dios) en medio de una sociedad que muchas veces antepone sus conflictos a su solidaridad. En medio de esta realidad, a veces dura y agresiva, incluso violenta, la iglesia local tiene la misión de ser la expresión del amor solidario que Dios nos muestra en su gracia, lugar de consuelo y sanidad, a ser anunciadora de esperanza allí en donde está asentada. Incluyo en ello las llamadas “pastorales especiales” (de niños, universitaria, popular, obrera, carcelaria, de ancianos, etc.), donde el ámbito local es reemplazado por un espacio de testimonio en un campo particular –testimonio que también debe ser comunitario. Eso sólo lo podrá hacer mediante un compromiso eficaz con la realidad que la circunda, con oídos atentos y ojos abiertos para

3 Antonio Negri, en *Job, la fuerza del esclavo*. Negri, durante el tiempo de su prisión, en el que solamente le dejaban leer la Biblia, encontró en el libro de Job, aún siendo ateo, la fuerza para sobrellevar el aislamiento, las reservas anímicas que lo mantenían vivo, y llamó a esta fuerza “dispositivo mesiánico”. Aún sin reconocer a Jesús como mesías, como lo hacemos nosotros, ve y reconoce que hay una dimensión espiritual en el ser humano que le permite abrirse a lo divino, al futuro, aún en las peores circunstancias. “El Mesías es una liberación que se sitúa al borde de la nada”, afirma (p. 131). Reivindica también la idea de la “resurrección de la carne” frente a la idea griega de la inmortalidad del alma, como un reconocimiento de la materialidad de la vida, y sus necesidades. ¡Ojalá muchos cristianos vivamos con la misma intensidad mesiánica que muestra este “ateo”!

4 Ver el artículo de Daniel Bruno mencionado antes, cuando habla de la “doble dimensión dinámica de la misión”.

5 F. Nietzsche, en el “Monólogo del loco”, en *La gaya ciencia*.

conocer los problemas y dolores, los clamores que hay a su alrededor, a ser iglesia más allá de sus templos y paredes, a ser iglesia-pueblo, dispuesta también a compartir alegrías y tareas, todo aquello que construya lazos de amor, que afirme la dignidad de las personas, especialmente de los más humildes, débiles y vulnerables, “los huérfanos y las viudas, los pobres y los extranjeros” (Zacarías 7:9-10).

Un testigo debe poder comunicar su testimonio. Un testigo que no puede expresarse, o a quien no se le entiende porque habla una jerga incomprensible, o lo que dice no es pertinente ni relevante, no es un buen testigo. En un juicio el testigo responde a las preguntas. A veces pareciera que los cristianos queremos ser testigos hablando nuestra propia jerga, sin decir algo pertinente frente a la realidad que nos rodea, sin escuchar a las preguntas. Algunos parecieran creer que ser testigo es repetir una y otra vez la misma cantilena, imponer cierto lenguaje o doctrinas (los pasos de la conversión). Otras veces, al contrario, se dicen cosas que complacen al que escucha, que se adaptan fácilmente a la cultura circundante (es el caso de la teología de la prosperidad, o los “shows cristianos” por ejemplo), pero dónde se pierde la dimensión profética. Ni una prédica dogmática ni un acomodamiento al éxito mundano hacen al buen testimonio: este surge cuando asumimos la realidad que nos rodea, cuando reconocemos la pluralidad de situaciones humanas en las que estamos envueltos y las relacionamos con el objeto y sujeto de nuestro testimonio: Jesús, el Reino de Dios y su justicia.

La iglesia local es, repetimos, parte de un cuerpo que se extiende por todo el mundo, y no puede centrarse en su pequeño lugar, olvidando la totalidad de la que forma parte. Pero tampoco debe hacerse tan universal que olvide el espacio, cultura, vecindad o tarea concreta que tiene por delante. A su vez mirará la historia de la que forma parte, la riqueza de una tradición que le ofrece sus reflexiones y experiencias, que deberá recibir y reformular en vista de la realidad de hoy, del mundo actual en el que da testimonio. Buscará en la comunión eclesial⁶, con otras iglesias, los recursos para renovar su testimonio, y ofrecerá su propia experiencia para aportar a la vida de otras congregaciones. A su vez los espacios institucionales son responsables de proveer las posibilidades para el intercambio, la capacitación, recursos diversos para el testimonio local.

La comunidad testigo del Reino de Dios, del tiempo mesiánico, es una comunidad abierta e integradora, como lo es el Cristo que anunciamos. Para ello

6 Las palabras “conexionalidad”, “conexional”, etc. no existen en castellano. Son “jerga metodista”, que usamos para indicar la relación entre las congregaciones que conforman nuestra iglesia (en sentido restricto: IEMA, o un poco más amplio, las otras iglesias metodistas a nivel continental o mundial). Por eso prefiero hablar de comunión eclesial, que va más allá de la conexión institucional, para señalar la “comunión de los santos”, como dice el credo, que es mucho más amplia y rica, y que se extiende a todo el pueblo de Dios.

no hay recetas, pues en cada lugar y circunstancia deberá elaborar sus respuestas, aprender a hablar el lenguaje que comunique bendición, desde el amor y la fe, en esperanza y oración, en comunión con otros. No solo en palabra: gestos y obra son parte del testimonio. Como decía Francisco de Asís: “predica siempre, y cuando sea necesario, también usa palabras”.

El testimonio en los espacios de vida cotidiana

En muchas congregaciones, en diversos cultos, tenemos “espacios de testimonio”, que suelen ser afectivos, remueven nuestras emociones y nos ayudan a fortalecer la fe, a experimentar como Dios actúa en nuestra vida y en las de quienes nos rodean. Pero la pregunta es: ¿es el culto el lugar privilegiado del testimonio, o es el mundo, la vida cotidiana, la sociedad que nos rodea, dónde somos enviados a ser testigos? ¿Damos ese mismo testimonio —o similar— en nuestro trabajo, con nuestros vecinos, entre nuestras amistades más allá de la iglesia? A veces ni siquiera en nuestra propia familia...

Pareciera que somos evangélicos cuando nos encontramos entre los nuestros. Pero lo somos menos, o más callados, hacia afuera. Es probable que en nuestro lugar de trabajo, o en el barrio, la gente que nos rodea sepa de nuestra “adscripción religiosa”, a qué iglesia vamos o a que denominación pertenecemos. Pero, ¿es eso lo mismo que conozcan nuestra fe? Es cierto que muchas veces tratamos de diferenciarnos frente al abuso de quienes hacen de su doctrina religiosa una bandería que quieren imponer a toda costa, que se fanatizan y reducen su contacto con otros al afán proselitista. Que muchas veces, por eso mismo, se vuelven un “contratestimonio”. No se trata de eso, pero sí de mostrar que nuestra fe nos da algo que compartir, una convicción que gobierna nuestra vida, una mirada sobre el mundo que se nutre del amor de Dios.

No estoy diciendo que hay que hacer de nuestro lugar de trabajo, de nuestra casa en el vecindario, de nuestro banco en el aula, un púlpito desde donde adoctrinar a otros. Pero sí que cada uno de esos lugares, donde Dios y la